

EL SUEÑO

Remedios Zafra (www.remedioszafra.net)

Revista *EÑE*, nº 40, "Madres y madres", enero de 2015:

<http://revistaparaleer.com/revista/numero-40-madres-y-madres/>

Ocurrió después de lo que sigue, que es cierto y no es cierto, y ustedes y yo los sabemos. Pero no me suspiren más, no se resignen. Yo "no" quería decir "angelito, chiquito, amorcito, corazón mío". Yo había decidido y estaba a punto de verbalizar las razones que me movían cuando caí agotada en la cama. Entonces pasó esto o lo siguiente.

Convocaron a las mujeres a los templos y allí pintaron un cartel en sus barrigas. Decían los predicadores que si el resto de su cuerpo era de ellas, esa parte no, que le correspondía a los poderes del lugar gestionarla. Como las mujeres se negaron, los del templo consultaron al reyezuelo que les dijo que, efectivamente, la barriga de las mujeres no era de las mujeres sino del Estado y al poco tiempo publicaron una ley donde lo escrito sentenciaba. Mujeres y hombres reunidos en el templo se rebelaron y decidieron dejar la piel pintada de sus barrigas en la puerta, cosiéndolas y rodeando el templo como si fuera una placenta de un cuerpo inmaduro. Y las mujeres escaparon a otros países donde nadie les cuestionara si sus cuerpos y sus vidas eran o no eran suyos.

Pasó entre nebulosas, porque el tiempo de los sueños todo lo confunde y las historias se me solapan. Ocurrió que la vida subordinó a quienes querían subordinar a las mujeres. Aficionados a decir verdades sin condón, a muchos de ellos les creció la barriga y empezaron a parir criaturas que se les ensuciaban, reían, lloraban, crecían y demandaban constante atención. Los hombres que parieron tuvieron que abandonar sus empleos o pedir tiempo extra para cuidar a sus crías. Al principio se lo concedieron, pero cuando los ingresos bajaron y la avaricia de los que mandan se incrementó terminaron echándoles y condenándoles a la precariedad de los trabajos no pagados. Al descubrir los que mandan que también a ellos les crecían las barrigas empezaron a pensar: ¡Vaya, vaya!

Inmediatamente después soñé algo folletinesco y ridículo. Inquieto por lo vivido en el lugar y como venganza por la huída de las mujeres, el reyezuelo, experimentado en lectura de libros de historia y de guerra que legitiman las muertes, secuestros y violaciones bajo epígrafes de "lo nuestro y lo otro", mandó buscar y separar a las mujeres habilitando una cárcel individual para ellas camuflada bajo el nombre "hogar", haciéndolas firmar un contrato llamado "matrimonio". Y acto seguido proclamó "queremos también vuestro tiempo, para cuidarnos cuando somos niños

y cuando seamos viejos” y desde entonces los guardianes del reyezuelo se ocuparon de gestionar el tiempo y los cuerpos de las mujeres. Las educaban además para ser vigilantes de las demás mujeres, escondiendo los libros y cambiándolos por telenovelas y revistas que les llegaban con la puntualidad del nuevo día, recordándoles su destino estetizado de “ángeles del hogar” junto a un hombre y entre unos niños, con una nueva tarea: necesitar y consumir lo que otros producían.

Soñé que el reyezuelo soñaba que pasó el tiempo y los años y todo se fue conformando para repetir rutinas que neutralizaban los intentos de las mujeres inconformes por escapar o por matar al “ángel de la casa”; ése que a menudo veían al asomarse al espejo, ese ser abnegado que limpiaba y alimentaba a la familia, casi siempre invisible en las tertulias; ése que en el reparto de la comida se quedaba con los huesos; ése al que debían aspirar como destino y que los habitantes del lugar aprendían desde niños a demandar cuidados y amor, idealizando su entrega y recordándoles que ellas no tenían poder de reacción.

Esto fue lo que soñé que soñó el reyezuelo sin que el sueño lograra hacerle cambiar de opinión, porque se decía, “sólo es un sueño”. Aunque soñé que se levantó inquieto y dudó por un momento. Comenzaba a notar que su barriga no paraba de engordar... ¡Vaya, vaya!

Después apareció el futuro. Las calles mezclaban escenas de todas las películas de ciencia ficción que he visto en los últimos años. Las cosas simplificadas como en las viejas ficciones, eran dos. Los tonos metálicos y sucios y el ambiente decrepito del sur y del abajo contrastaban con los cristales limpios y blindados del norte y de arriba. Arriba los niños eran cuidados por las mujeres mal pagadas de abajo, mientras los dueños de las casas trabajaban sin recordar, salvo por las bellas fotos de sus muebles, que tenían crías. Abajo los niños eran cuidados por las abuelas, las madres de las madres que cada mañana subían a las casas blancas a cuidar a los niños blancos de las familias más ricas, amigas de los habitantes de los templos y cortesanas de los reyezuelos.

Pero el futuro cambiaba y también yo aparecía en un mundo que no era vertical ni era dos, y allí era más vieja pero era niña y mamá era papá, y papá era mamá, quiero decir que los dos me cuidaban. Y al crecer, mi cuerpo no condicionaba mi vida, y ningún reyezuelo se apropiaba de mi voluntad ni sentenciaba mi futuro en ese futuro.

Esto de los sueños es complicado, me vienen por todos los lados y empiezo a valorar que no terminan al despertar. Sin embargo, creo que desperté. Lo creo porque descubrí la contención latente en la habitación de la casa de mis padres, la lentitud de las cosas antiguas y resignadas de los que llenan de rutina sus días. Pero me quedaba la duda porque mantenía una punzante sensación de irrealidad, si cabe más profunda que la que sentía en la cama, mientras dormía, y me embargaba una presión asfixiante debajo del estómago.

Sin embargo, la realidad, siempre pasa, huele demasiado y te saca de la cama fingiendo que tal vez no, pero sí. Y sentada en la cama olía al aceite con que mamá fríe las tortitas de harina por las mañanas cada vez que vengo. Lo hace porque adora que las devore y que le de las gracias.

Fue cuando me quedé mirando el plato y no alcancé a probarlas, que mamá notó que algo pasaba. No tardó en darse cuenta porque mamá está entrenada en prever las peores escenas antes de descubrir lo que sucede. Experta en visualizar: el camión embistiendo a papá en la carretera, el cáncer en la visita al médico, que el dinero no llega para que estudie, la muerte en la enfermedad, el embarazo en una estudiante que de ninguna manera desea ser madre... Ni siquiera llegué a decírselo sólo asentí cuando ella me lo preguntó. Desde entonces maquina en silencio cómo ayudarme.

Mamá no me debe nada. Mamá no debe nada a quien ama. La deuda está a su favor desde hace demasiado tiempo. Tanto dar para resignarse a que los demás sean más tenidos en cuenta que ella. Pero ella piensa que sí, que debe, porque en el fondo mamá no ama en un sentido romántico, mamá ama dándolo todo, como teme, y teme que si cambia sus formas de hacer todo saltará por los aires y eso, en el fondo, tiene que ver con su forma de vivir que es para ella una forma de amar.

Mamá entiende perfectamente que yo no quiera ser madre. Y lo entiende desde su vida de madre, incluso de santos y velas. Lo entiende sin titubear. Probablemente mamá no lo sería ahora o lo sería de otra manera, muy distinta, pero pensarlo le hace sufrir y se da por perdida de antemano. No a mí.

Acostumbrada a su plena disponibilidad en el dar, desde que la conozco no ha dejado de ofrecer misas y llamas. La vela del plato de ducha siempre ha estado encendida y ahora la ha cambiado por otra más grande, pero también la fila inferior de la capilla de la Virgen de los Imposibles que mamá cuida en exclusividad para focalizar en ella sus peticiones, que reitera incansable frente a esa talla de madera. Tamaño y número de velas es su manera de objetivar la importancia de lo que pide y el valor de lo que pone en juego, de lo que ella dará a cambio si algo o alguien la ayuda.

Pero mamá no es lo que era. Creo que en algún momento reciente ha llegado a un punto sin retorno, como si hubiera puesto demasiado en juego con sus promesas, como si parte del intercambio lo hubiera adelantado ya y ahora se viera estafada por una reciprocidad que no ha sido, frustrada por una inversión vital demasiado grande. Tanto contar baldosas y rezar, tantas luces dedicadas, cuántas procesiones, tanta ofrenda, cuánto sacrificio silencioso, cuántas llamadas de teléfono a la misma hora, ¿comiste?, cada día. Tanta vida aplazada por concentrarse en dar sin que la vean ni le den las gracias. La virgen al menos tiene la excusa de que es muda y que su tiempo es distinto.

Cuando se ve impotente, mamá reza o busca sus agujas de coser. Retoma entonces una colcha interminable. Esa colcha o manta, no está claro, está compuesta por cuadrados de lana gruesa de distinto color que mamá hace y deshace afanosamente; operando como una suerte de escudo que la ayuda a no tomar decisiones de otro tipo, decisiones que pudieran trascender el umbral de la casa, empujarla a salir. Plantarse por fin y decir hasta aquí he llegado. Lo duda ahora, lo sé. Porque algo le chirría en sus visitas al templo y sus rezos a los santos frente a la claridad con la que entiende que no quiero ser madre.

No dudo que en la colcha están todas esas promesas que, excesivas, mamá ha hecho desde hace años. Las decenas de velas que han iluminado a la Virgen de los

Imposibles, dejando abandonadas y casi a oscuras a las que están en las otras capillas, de nombres menos pretenciosos, no recuerdo si de los Desamparados o de las Angustias. Imágenes de mujeres imposibles que si fueran vírgenes no serían madres, a pesar de que aquí las llaman vírgenes y las llaman madres. Imágenes que sólo pueden ser de piedra o madera y no haber contado su historia ellas mismas, si fueran de carne con seguridad comprenderían lo que mamá y yo sentimos, lo que vemos en nuestros sueños y en esa colcha.

Mamá sonrío irónica al pronunciar “¡Amorcito, corazón mío!” Porque que mamá sólo salga al templo, no significa que mamá crea todo lo que le dicen allí. De hecho casi nunca escucha. Ella pierde la mirada en las velas y las tallas y espera a que nadie hable para enfocar sus problemas y deseos hacia las imágenes de allí. Estoy convencida de que si en lugar de misas hubiera tertulias o clases, o teatro, o un telescopio para mirar estrellas en silencio, mamá también iría. Porque mamá hace tiempo que comenzó a apuñalar al ángel de la casa, aunque moribundo no hay forma de que se largue, como si fuera parte de las casas viejas que son cárceles y hogar y que aparecen en mis sueños. Como mucho puede esconderlo debajo de la cama, detrás de alguna puerta o en el arca del ajuar, pero el monstruo duerme con ella y casi siempre se asoma por detrás cuando se mira al espejo.

¡Virgencita, virgencita, que me quede como estoy! A menudo mamá siente que sólo tiene como interlocutora a esta imagen de madera de una mujer, posiblemente también secuestrada como ella (se siente), y un deseo incontenible de ayudar a quien quiere, por eso mamá no deja de hacer promesas que la obligan simbólicamente a sacrificarse, esperando que mi embarazo sea mentira o reversible, que de pronto al despertar ya no lo estuviera. Ella estaría dispuesta a dar lo que fuera, a prometer lo que fuera. Ya saben, esos sacrificios que preceden a los intercambios imposibles porque el interlocutor es abstracto, o un deseo, un mito.

¡Mamá, corazón mío! Cuando la miro siento que está descolocada, que no sabe cómo canjear todo lo que ha invertido durante años y que se ha pasado por alto. ¿A cuántos espíritus y vírgenes no habría ahora que pedir explicaciones por tanto poner en ellos que se ha evaporado? Creo que mamá ha descubierto esa imposibilidad, ese trato fallido y tengo la impresión de que no sabe cómo salir del círculo, si romper con ello y convertirse en otra persona o si extremar su promesa a cambio de algo nuevo, algo como “seguir igual”.

Sé que no necesito santos ni vírgenes, que necesito un médico, pero ella quiere liberarme de llevar esto yo sola. Y mamá me sorprende y me dice que conoce a alguien que puede ayudarme, una señora que lo ha hecho antes, que mañana iremos y que no se me ocurra decir nada a mi padre, que fingiremos ir al dentista. Está en el pueblo de al lado, pero tengo miedo, no me fío, no iré.

Entre sueño y sueño, me pellizco y medito cómo actuar, cuándo, dónde... Al principio incluso se me pasó por la cabeza, ¡a qué engañarles!, si quitarme de en medio. Ahora me pregunto cómo salir del país si no tengo dinero. Me planteo si pasar la humillación de presentarme ante un médico que me juzgará como si fuera una incapacitada, hundiendo aún más mi erosionada autoestima. Ojalá el tiempo también fuera hacia atrás. No puede ser que me vea en ésta. He sido imprudente pero siento que el mundo es cínico y desigual conmigo. Y todo esto se me confunde con la imagen del reyezuelo, al que veo hasta en el Cola Cao y en el plato de la sopa.

Cambiaría mi barriga por la suya, unos meses, unos años, unos segundos de este dolor.

Y yo me digo: “Este peso no es sólo mío, ¿dónde está mi tribu?” Pero nada.

Hoy he decidido volver a la ciudad. Iré al centro médico donde fue una pareja de amigos; tal vez incluso puedan acompañarme. Soportaré que allí me traten como a una niña pequeña, sus consejos, su diagnóstico. Juro que resistiré la herida y sobrellevaré la cicatriz aunque me haga más pequeña y anciana, más triste...; que aguantaré el rencor sobre quienes me miran parpadeando: “puta, egoísta”; sobre una tribu que me obliga a hablar en voz baja y sin pronunciar del todo, que se desentiende como si hubiera delinquido, que me hacen sentir cruelmente sola.

Esto de los sueños es complicado, me vienen por todos los lados, incluso cuando estoy despierta y de pronto me veo gritando en la plaza, sobre la fuente: ¡Que yo NO quiero, que no pueden obligarme, que otros querrán, pero yo no, que quiénes son ellos para sentenciarme! ¡Qué no me juzguéis! Y al instante no puedo evitar, frente a lo que leo y escucho en algunos, sus miradas, ay, rebelarme porque me hacen culpable. Y después mi cuerpo cansado se desploma y caigo sobre la fuente musitando: ¡Ojalá sintierais mi cuerpo y mi vida! Es mi vida y mi cuerpo, es mi vida.

Y espero a la noche que todo lo mezcla y me encierro en la habitación. Y en la oscuridad que comienza, cuando nadie me ve ni me escucha, me permito deshilar mis cosas para reforzar mi decisión y recuperar cierta ilusión por el futuro sin conseguirlo del todo. Esta noche, que será muy larga pero muy corta, volverá el sueño del templo y de las barrigas, del reyezuelo y sus cárceles, de los hombres que paren y de mil futuros que imagino. Y el sueño como los otros días comenzará con mi cuerpo alternando expuesto al arriba y envuelto en sí, derivando con sonidos profundos que desconocía en mí, cerrada sobre mí misma. Tanteo ese mundo y me duermo ligeramente, acurrucada en círculo acercando cabeza a rodillas, emitiendo aullidos suaves sobre mi cama, sonidos parecidos a las llamadas de los lobos encerrados en las jaulas o solos en el campo, cuando sienten que la manada les ha abandonado, ¡auuuuuuuuuuuu!, ¡uauuuuuuuuu!, ¡AUUUUUUUUUUU!